

de conservadores y demócrata-cristianos, sostiene que los antiguos derechos humanos son buenos mientras que la perfidia de unos agentes internacionales los ha tornado en malos, malísimos. No es así. Los derechos humanos son lo que son, desde el inicio. Y han ido apurando su lógica hasta explotar los efectos al máximo. Es el eterno soniquete de las dos modernidades, las dos ilustraciones, los dos liberalismos y, ahora, los dos derechos humanos. Que ya conocemos. Con sus límites, infranqueables. Aunque, por excepción, en este caso, nos encontremos al menos frente a páginas de interés.

Manuel ANAUT

Michael J. McGrath, *Don Quixote and Catholicism. Rereading Cervantine Spirituality*, West Lafayette, Purdue University Press, 2020, 189 págs.

Entre las muchas virtudes del *Quijote*, pocas tan evidentes, en la hora actual, como la de contrastar la íntima constitución de la moderna crítica literaria. Ésta, a la zaga de la exégesis bíblica, su madre, se viste en el ámbito profano de los máximos poderes con que nació la otra en el ámbito sacro: los de lo alegórico. Por eso se juega su prestigio en el desvelamiento y análisis de los sentidos ocultos de los grandes textos de la tradición occidental y ha de apelar para ello a su intimidad con el ánimo del autor, que es la misma que su madre exige tener con Dios para una adecuada interpretación de la Escritura. Mientras escritura, lectura e interpretación se mantuvieron dentro de la fe y por lo tanto el parentesco y la jerarquía entre exégesis y crítica estuvo todo lo relativamente claro que podía estarlo, la generación de sentidos por esta vía no era desde luego problemática (ni siquiera cuando se buscaba la crítica intelectual o la sátira de costumbres). El fiel de la caridad, dejó dicho San Agustín –a quien debemos la comprensión de esta arquitectura–, siempre serviría de red para mantener el proceso bajo un saludable control. No sería sino con el cambio de dioses que esta sociedad familiar quedaría disuelta. Y, con ella, la interpretación de los productos del pasado: la función de la crítica seguía siendo confirmar en la fe al moderno lector, pero en una fe que no era ya aquella en la que nació el texto. Y así la crítica romántica estaba tan legitimada para encontrar en un texto la exaltación en clave del espíritu de un pueblo como la postmoderna, sobre el mismo texto, un alegato a favor del homoerotismo masculino.

Esto es lo que hace necesarios libros como el que aquí se trae, libros que recuerden las antiguas posiciones, argumentándolas ahora que han dejado de ser pacíficas en la escuela y obvias para el lector, para que resplandezcan en la comparación con las que han ocupado su lugar. Su autor, hispanista norteamericano de la Georgia Southern bien conocido en tierras segovianas y católico que no esconde su condición, elabora aquí un trabajo dirigido de entrada al mundo académico (de hecho, un par de capítulos del libro aparecieron previamente como artículos), a intervenir en los debates cervantistas (primordialmente norteamericanos) para situar en su panorama como opción la ortodoxia católica del *Quijote*, sepultada bajo numerosas capas de sutilísimas y en ocasiones extravagantes explicaciones del trasfondo espiritual y vivencial de la novela.

Y en qué consistiría esa ortodoxia, lo que McGrath también llama «la ideología religiosa de *Don Quijote*». Pues en dos polos tradicionalmente considerados incompatibles entre sí (incompatibilidad cuyas razones hace comparecer por extenso, por cierto): lo que él llama el «humanismo cristiano» y la «espiritualidad ignaciana» (pág. 35), aproximadamente los mismos que el sacerdote don Salvador Muñoz Iglesias, con el mismo fin que McGrath, combatiera en su clásico libro sobre la religión en el Quijote, el primero por injustificado (y no faltan en el libro de McGrath razones que avalan el escaso soporte del erasmismo quijotesco, un fantasma de difícil derrota tras escapar del castillo de los críticos literarios), y el otro por falto de matiz (Cervantes como paladín literario de la Contrarreforma). A desarrollar esa tesis, la de la complementariedad entre lo erasmiano (prácticamente sinónimo de «humanismo cristiano» en esta obra) y lo ignaciano en la trastienda de la religiosidad del *Quijote*, que presenta en el primer capítulo como característica del pluralismo católico de comienzos de la modernidad, dedica los cinco restantes, que abordan cómo se transparentan esos fondos en las aguas del *Quijote* contempladas desde distintas calas: la de la historia de las ideas, y la de lo que llama teología moral, antropología y espiritualidad. A este último aspecto dedica dos capítulos, el cuarto (*Tilting at the truth*) y el sexto (*From La Mancha to Manresa*), que analizan la religiosidad que define a Don Quijote y Sancho: lo que llama la espiritualidad del contemplativo en acción y la espiritualidad encarnada que atribuye a cada uno de los protagonistas y que concede en exclusiva y por igual a la inspiración ignaciana (la primera fórmula, de hecho, traduce una feliz

frase latina del padre Jerónimo Nadal). El de Sancho es, por cierto, el más feliz de todos los capítulos del libro, gracias a su acierto al subrayar para el lector los gestos que en determinados pasajes muestran la caridad del noble escudero.

A dicha tesis central, sin embargo, subyace otra, qué sea el catolicismo, que excede con mucho los poderes definitorios de su disciplina propia. Y el autor la aborda en las páginas de su libro de igual modo que el de la esencia religiosa quijotesca, desde el perspectivismo, lo que convierte lo católico en un asunto tan problemático y contradictorio como lo quijotesco, entes de razón cuya sustancia sólo parece posible presentar mediante citas con validez limitada a su momentánea justificación, en lid con otras. Las ventajas que habría tenido tratar de un modo conceptual más preciso el asunto, no sólo para beneficio del propio libro, sino incluso para la instrucción del lector, saltan a la vista cuando, en apenas un par de páginas (20-22), estira tanto el significado de la etiqueta «humanismo cristiano» (que considera parte de la riqueza del catolicismo de comienzos de la era moderna) que bajo su paraguas igual caben Pico della Mirandola, Erasmo, San Ignacio, Santa Teresa... y hasta Locke, típico anticatólico inglés. Y no menos debilita la otra columna de su libro el que caracterice (pág. 31) a los jesuitas por su «indiferencia hacia el escolasticismo y el humanismo, cuando no, en ciertos casos, su total rechazo» (cosa que no es cierta, como demuestran el propio Molina que cita y la historia de la universidad moderna o la *ratio studiorum* jesuítica) para más tarde privilegiar el enfoque tomista en la teología moral que encarnaría don Quijote, ignaciano a continuación en su espiritualidad (caps. 3 y 4).

La impresión global que ofrece así el libro es que la catolicidad que nutre la obra cervantina es tan extraña al mundo de hoy (a pesar de todas sus citas al pensamiento teológico contemporáneo, sobre todo jesuítico) como lo era la caballeridad quijotesca en días de Cervantes. Y no sólo por aparente distancia temporal. En él, la catolicidad cervantina para nuestros días y la caballeridad quijotesca para los de Cervantes se plantean, además, como producto de multitud de elecciones realizadas sobre un mundo, el de las ideas, en el que sólo parece posible adentrarse con éxito con un peculiar tipo de guía: hoy el crítico en las letras profanas como ayer el ávido lector de novelas de caballerías. Pura arqueología sobre materia muerta: esfuerzo sensato si es capaz de proveernos de un medio de vida, ridículo si se apuesta en él la vida. Y, sin embargo, viven, lo uno y lo otro, lo católico y lo caballeresco, unidos en una

tradición de fe, vida y lectura que no se ha perdido, como también sugiere su autor en las palabras proemiales del libro. A ella es a la que, para terminar, deseo invitar al lector: a que siga participando de su espíritu en cuerpo y alma, instruyéndose también cuando se tercié en la literatura a la que ha dado lugar, aunque desde luego sea la que menos interesa a la academia cervantina.

José Manuel DÍAZ MARTÍN

Daniel Innerarity, *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar el siglo XXI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020, 448 págs.

Vuelvo a leer un libro de Innerarity después de muchos años, casi tres décadas, desde que un profesor me facilitara su texto sobre Jürgen Habermas. Y me encuentro con otro Innerarity, lo que no me sorprende tanto, porque aquel anterior tenía buena cabeza y este otro tiene buena fama. En el trayecto se desvió la razón en sus propias sendas y siguió la ruta de la aconsejada academia. No me lamento si él no se lamenta. Y no lo hará: *Le Nouvel Observateur* lo ha declarado uno de los veinticinco pensadores más grandes del mundo. Espero que esté también considerado dentro de los veinticinco más grandes responsables del mundo. Es justo.

Daniel Innerarity enseña filosofía política en la Universidad del País Vasco y en el Instituto Europeo de Florencia, además dirige el Instituto de Gobernanza Democrática, redacta columnas de opinión en varios periódicos peninsulares y se da tiempo para escribir cada año o dos un libro: 2015, *La política en tiempos de indignación*; 2017, *La democracia en Europa*; 2018, *Política para perplejos*; 2020, éste. Su tema, se ve, es la democracia y, también, la situación de la gente que transita por la democracia de la indignación a la perplejidad. La solución que ahora nos propone es simple: evitar la simplicidad porque no hay mal peor para la democracia que simplificarla. Por eso, pues Innerarity no es un *simplificateur*, nos arroja un texto de casi 400 páginas que nos invita a deambular en los jardines de la complejidad democrática.

Contra toda la teoría política clásica que afirmaba la ventaja de los gobiernos simples (como la monarquía) o de los complejos que eran producto de la historia y no del constitucionalismo (como la república romana o las renacentistas); contra esa sabiduría ancestral se levanta Innerarity y nos convence que lo mejor es lo complejo, pero no lo simplemente complejo sino lo muy